

EL IMPERATIVO DE SUPERAR LA POBREZA

I. Los principios que sustentan nuestra orientación Programática

Se ha sostenido por muchos, y con razón, que es imperativo superar la pobreza en Chile porque para poder lograr la meta de crecer de manera sostenida durante las próximas décadas, es decir, aumentar sostenidamente la riqueza nacional, se requiere de una población cada vez más calificada, educada y capacitada, características que por definición los pobres no poseen.

\ Creo que también es verdad que los millones de pobres hoy existentes contribuyen a crear un cuello de botella grave en una economía en la que la fuerza de trabajo se torna crecientemente escasa. Así, por ejemplo, asistimos al fenómeno de miles de jóvenes marginales que patean piedras en las esquinas, mientras falta mano de obra en la construcción, porque la situación de pobreza que viven esos jóvenes anula su motivación, su ímpetu de trabajar, de progresar. Porque la pobreza los lleva por el camino de la desesperanza, de la droga, del alcohol.

Y es igualmente cierto que la pobreza y las graves desigualdades que implica son una fuente potencial de conflictos, que terminarán por afectar, si no hay progresos claros que generen expectativas optimistas y fundamentadas entre los más desposeídos, la estabilidad del país, y por consiguiente nuestras posibilidades de crecimiento y desarrollo.

Son todas razones valederas. Pero no son las razones de los pobres. Son las razones de los economistas, de los empresarios, de los hombres de Estado, de los políticos, de los que no son pobres. Para los pobres es imperativo superar la pobreza porque son los que la padecen. La razón de los pobres para estar contra la pobreza es simple y llanamente que son pobres.

La pobreza es expresión de injusticia social, de desigualdad, de violación de derechos económico-sociales básicos, de vulneración del derecho a una vida digna y a un desarrollo personal progresivamente mayor y mejor.

Los pobres no necesitan filósofos que les expliquen que la pobreza atenta contra la dignidad del ser humano. Ellos viven ese atentado. Tampoco requieren de nadie que les haga ver la injusticia que supone su condición. Esa injusticia la padecen en carne propia.

La injusticia que supone la pobreza es un punto que los que no somos pobres tendemos a olvidar con demasiada facilidad. Y durante estos años, marcados por la imposición de una dictadura cruel y particularmente despiadada con los pobres, el país en general entró a vivir un clima en que se dió por descontado que habían pobres. La pobreza pasó a ser algo natural, casi una parte del paisaje de Chile, tal como la cordillera y el mar.

La pobreza es injusta porque los pobres no tienen la culpa de ser pobres. En nuestro país, si se nace pobre, lo más seguro es que se muera pobre, sin educación o con muy poca educación, con salarios bajísimos, con malos empleos si es que se tiene la suerte de estar empleado, atravesando una

infancia y una juventud duras y sin esperanzas, siempre acosado por el temor de no poder alimentar a la familia, de caer enfermo porque no hay salud, de llegar a viejo porque no hay pensiones dignas, de perder el trabajo porque no hay seguro de desempleo o ayuda a los desempleados, de ser asaltados o robados porque no hay vigilancia policial suficiente en las poblaciones.

Los diarios hacen grandes alharacas cuando roban en una casa del barrio alto de Santiago. Lo que olvidan es que el mayor número de víctimas de los delincuentes son los pobres. Ellos no hacen noticia, salvo muy de cuando en cuando, si es que la barbaridad del hecho suministra buen materia a la prensa roja o sensacionalista.

Nacer pobre no es nacer desprovisto de talento, de inteligencia, de sensibilidad artística, de potencialidades que le permitirían a la persona llegar a ser un buen profesional, un gran científico, un gran artista, un técnico, un trabajador calificado, un político que ocupa una senaturía o una diputación en el parlamento, un hombre público que es Ministro de Estado.

Si la inmensa mayoría de los que nacen pobres siguen siendo pobres es por falta de oportunidades para educarse, para trabajar, para demostrar lo que valen en igualdad de condiciones con los que nacieron pobres. Y esa falta de oportunidades, que padece el niño pobre desde que ve la luz, no es responsabilidad de él. Tampoco de sus padres. Es responsabilidad de la sociedad. Por eso la pobreza es injusta. Qué puede haber más injusto que uno esté condenado casi con certeza a la privación de casi todo lo que es valioso en la vida por el sólo hecho de nacer en una condición social, que es algo que escapa absolutamente al control de uno mismo.

Creo que todos podemos entender que a unos se los recompense mejor que a otros cuando demuestran tener más méritos y cuando todos han tenido las mismas oportunidades para desarrollar sus capacidades y poner en evidencia sus talentos. Lo que escapa a toda comprensión es que la riqueza se distribuya de la manera en que se hace en Chile, con el resultado de que haya millones de pobres, cuya única razón para ser pobres es haber nacido pobres.

La pobreza no es sólo penuria material. Es también ser pisoteado todos los días. Es depender del capricho de un empleador arbitrario, es verse expuesto a que a uno le burlen sus derechos como trabajador y con pocas herramientas para protestar y recurrir a la justicia, es hacer colas en los hospitales y sufrir el maltrato de funcionarios que muchas veces lo hacen porque están mal pagados y no hay personal suficiente, es correr siempre el riesgo de ser detenido por sospecha, lo que no pasa con la gente que va bien vestida y habla bien. Ser pobre es ser víctima habitual de la prepotencia y la arbitrariedad, de humillaciones diversas, unas más tolerables, pero no menos odiosas a medida que se acumulan, otras que simplemente no tienen excusa alguna en la relación entre seres humanos dignos de ese nombre.

En Chile, a comienzos de este siglo, cuando comenzaban a surgir las fuerzas políticas de avanzada social que hacían suya la causa de los obreros, de los campesinos y de los pobres, había políticos que hacían discursos públicos afirmando no sólo que pobres habrían siempre, sino que era natural y aún necesario que los hubiera.

Hoy, todos están por combatir la pobreza. Nadie se atrevería a decir, por lo menos en público, que es natural que haya pobres, o que sean necesarios. Sin duda, es un gran progreso.

Pero no nos engañemos. Esa aparente unanimidad esconde muchas diferencias.

Por ejemplo, están los economistas de la dictadura, los que copiaron de otros países la así llamada "teoría del chorreo". Ellos sostienen que todo el problema consiste en crear riqueza, sin que importe cómo se distribuye porque a medida que la riqueza aumenta comienzan a haber sobras en la mesa de los satisfechos, y esas sobras las pueden recibir los pobres. Lo que nunca han dicho es cuánto tiempo tomaría este famoso proceso de "chorreo": ¿Cincuenta años, cien años ?.

En el fondo, para estos economistas de la dictadura, que hoy están en los partidos de derecha, como Renovación o la UDI, pobres va a haber siempre. Admiran sociedades que se dicen desarrolladas, poseedoras de gran riqueza material, donde hay millones de pobres que viven en condiciones a veces casi peores que las que padecen los pobres de Chile. Lo que les preocupa es aliviar la condición de los pobres en algún

grado para mantenerlos tranquilos. No son ni esos economistas, ni esos partidos, los amigos de los pobres. Pese a todo lo que digan, son sus enemigos.

Hay otros que quieren mejorar la condición de los pobres porque los compadecen, y también por solidaridad con los más desposeídos. Son sentimientos nobles y necesarios. Un país del que están ausentes la compasión y la solidaridad no es una sociedad de seres humanos. Es la ley de la selva, es la barbarie.

Es en razón de nuestra valoración de estos sentimientos de donde nace nuestra convicción de que, entendiendo que las políticas asistenciales no van a la raíz del problema de la pobreza, ellas expresan sin embargo el imperativo ético de atender a los más desposeídos, mientras van consolidándose las condiciones que favorecen el potenciamiento de sus aptitudes y la generación de oportunidades para que superen la situación de pobreza por sí mismos.

Nuestra actitud de fondo frente a la pobreza no descansa sólo en esos sentimientos. La pobreza puede ser más llevadera si los más afortunados solidarizan con los pobres, pero la injusticia que significa la existencia de situaciones de pobreza permanece.

La causa de los pobres es la causa de la justicia y ese es el principio primordial que inspiró desde sus orígenes a los movimientos sociales y a las fuerzas políticas de avanzada social de las que somos hoy herederos y continuadores. Esa causa posee hoy tanta vigencia como la que tuvo al nacer la lucha organizada contra la opresión social y económica, sea en mutuales, sea en sindicatos, sea en partidos políticos, sea en esa multitud de formas de acción que los desheredados de la tierra han imaginado para combatir contra ella.

Para ponerlo en pocas palabras, queremos cambiar una sociedad donde el hecho del nacimiento, y no los talentos y habilidades, determinan el destino de las personas. En este

país, la cuna de las personas crea privilegios desde que nacen, y contra esos privilegios combatimos, tal como combatieron contra ellos nuestros predecesores, nuestros héroes y nuestros mártires.

*
Tenemos una sueño, un sueño posible. Es el de un país donde las oportunidades sean iguales para todos y donde el talento y el mérito sean recompensados diferencialmente en la medida en que están al servicio de un mayor bien para todos. El único privilegio que aceptamos, la única desigualdad que toleramos, son los que se justifican en una contribución al mayor bien de todos, siempre que nadie esté privado de acceder a las oportunidades de hacer esa contribución.

La pobreza es la negación de la justicia y la otra cara del privilegio. Combatimos la pobreza en nombre del anhelo de una sociedad de iguales. De iguales en libertad, de iguales en derechos, de iguales respecto de las oportunidades existentes, de iguales que se respetan recíprocamente. Por eso somos la fuerza del cambio y no de la continuidad.

II. El camino para la superación de la pobreza

¿ Qué es lo que está en la raíz de la pobreza que hoy viven millones de compatriotas ?.

Lo que está en su raíz es una distribución del ingreso nacional en el que el cuarenta por ciento de los chilenos más pobres perciben, en 1992, sólo el quince por ciento de ese ingreso. En cambio, el veinte por ciento de los chilenos más ricos perciben más del cincuenta y dos por ciento de ese ingreso.

Esta distribución de la riqueza nacional es un escándalo en términos de justicia. Ningún país medianamente desarrollado exhibe semejantes desigualdades.

En esa desigualdad está en juego nuestra posibilidad de desarrollarnos. Como lo sabe cualquier estudiante de economía, la evidencia empírica internacional muestra la existencia de una alta correlación entre nivel de desarrollo e

igualdad en la distribución del ingreso. Es por eso que el futuro de los pobres y el futuro de Chile son una misma cosa.

Y de esa desigualdad se siguen todos los males que afectan a los chilenos que viven en situación de pobreza: una educación escasa, mala e inadecuada; acceso a servicios de salud más que deficientes; pensiones indignas; la ausencia de herramientas para valerse por sí mismo y hacer frente a la humillación, la arbitrariedad y el trato autoritario.

Es esa distribución del ingreso la que tenemos que atacar. La pobreza sólo se extinguirá en la medida en que se extinga esa diferencia que las frías estadísticas nos muestran.

¿Qué le proponen los economistas de la dictadura y los partidos de derecha a los pobres?

Simplemente, que esperen a que el ingreso aumente, porque a medida que ello ocurra ese quince por ciento que percibe el cuarenta por ciento más pobre significará más ingreso monetario para cada uno de esos pobres.

Estamos en contra de una filosofía social que afirma que es legítimo que semejantes desigualdades existan en la sociedad. ¿ Con qué título, me pregunto, el veinte por ciento de los más ricos puede justificar una pretensión a percibir más de la mitad de la riqueza del país ?.

Como dije, las diferencias en las recompensas son justificables si quienes reciben más lo hacen porque contribuyen a crear un mayor bien para todos, beneficiando así a los que tienen menos.

Ese veinte por ciento que percibe más del cincuenta y dos por ciento del ingreso, ¿ ha demostrado acaso que hace esa mayor contribución al bien de todos ?.

Ese cuarenta por ciento que percibe el quince por ciento, ¿ ha tenido la oportunidad de probar sus talentos, de demostrar que puede hacer esa mayor contribución al bien de todos ?.

Desgraciadamente no hay cifras sobre la materia, pero todos sabemos que casi la totalidad de quienes componen ese cuarenta por ciento son

hijos de padres y madres que pertenecieron a ese cuarenta por ciento, y que los afortunados que habitan en el veinte por ciento de los más ricos descienden de familias que ya estaban instaladas en ese veinte por ciento.

~~Aceptemos por un momento esa filosofía social~~ } ^{NO}
~~inmoral de estos economistas,~~ }
y preguntemosnos
cuánto tiempo demandaría, por ejemplo, aumentar al
doble el ingreso promedio de los más pobres,
manteniendo esa injusticia que significa la
distribución del ingreso que hoy tenemos.

Si la riqueza del país crece sostenidamente al cinco por ciento, tomaría entre doce y trece años duplicar el ingreso por habitante, y podríamos suponer que al cabo de esos años también se habría duplicado el ingreso promedio de un pobre.

Con ello, algún porcentaje de pobres no indigentes habría dejado definitivamente de ser pobre. Otro porcentaje de pobres indigentes habría abandonado esa situación de indigencia y los llamaríamos simplemente de pobres. Esto, en el año 2002. Con paciencia, podríamos haber mejorado algo más la situación el año 2012.

Esa es la promesa de estos economistas. En el fondo, como dije, para ellos siempre habrá pobreza. Es parte de la filosofía social ~~humana~~ que defienden.

¿ Qué pasa con las políticas asistenciales, con los subsidios que da el Estado, que son las que propugnan quienes reaccionan ante la pobreza en virtud de sentimientos de compasión y solidaridad ?.

Como afirmé antes, estas políticas son necesarias, pero no nos permiten atacar el problema en su raíz.

Ellas sirven para ir eliminando el problema de los pobres indigentes, y en ese sentido hemos hecho avances desde que somos Gobierno.

Entre 1990 y 1992, el gasto social que hemos hecho permitió reducir el número de indigentes en cerca de cuatrocientas diez mil quinientas personas, que pasaron a ser simplemente pobres. Es un avance, pero no nos podemos conformar con reducir el combate a la pobreza al combate a la indigencia.

Con políticas asistenciales, atenuaremos los rasgos más opresivos de la pobreza, eliminando la miseria. Pero no cumpliremos nuestro sueño de ir alcanzando una sociedad que ofrece iguales oportunidades a todos, en que las personas se paran sobre sus propios pies y adquieren esa dignidad plena que es el derecho más básico de todo ser humano.

En última instancia, el asistencialismo es subsidio, es donación, es regalo. No es una relación entre iguales. Alguien da y el otro se limita a recibir. Hay situaciones en que ello es imprescindible, como es el caso de los indigentes. Pero no es ni puede ser una solución definitiva.

Los logros obtenidos entre 1990 y 1992 con el gobierno del Presidente Aylwin muestran cuál es el camino válido para salir de la pobreza.

Durante estos dos años, el gasto social mejoró la situación de la población indigente. Pero a su vez, el impacto del crecimiento económico vía mercado de trabajo, es decir, su efecto en la

creación de empleos y en el alza de salarios, mejoró la situación de los pobres no indigentes. De hecho, un número importante de compatriotas logró salir de la situación de pobreza por esa vía.

Ello prueba que el camino para derrotar a la pobreza reside en la integración plena en la economía, en el hecho de que cada vez más chilenos ocupen un número cada vez más creciente de empleos de mejor calidad, empleos que exigen cada vez más educación y más calificación.

Y cuando ello sucede, esos compatriotas van conquistando al mismo tiempo una participación cada vez mayor en el ingreso nacional. En otras palabras, la participación en el ingreso nacional de los que reciben menos va aumentando.

Cuando se está integrado en plenitud a la vida económica del país, las oportunidades comienzan a acercarse a las de los más afortunados. Particularmente, las oportunidades de las nuevas generaciones, que ya no nacen ni crecen bajo el estigma de la pobreza.

Cuando se está integrado en plenitud a la vida económica del país, uno se para sobre sus propios pies. La necesidad de subsidios y asistencia disminuye. Uno comienza a poseer las herramientas para responder con dignidad y eficacia frente al atropello, la discriminación, la prepotencia, el clasismo que practican los privilegiados.

Entre 1990 y 1992, la participación del cuarenta por ciento más pobre de la población en el ingreso nacional subió de un catorce por ciento a un quince por ciento, en cifras redondas.

En ese progreso, hay dos cosas que quiero destacar.

La primera, que es un avance obtenido casi exclusivamente por la operación de la economía de mercado. El crecimiento ha generado empleos, y la fuerza de trabajo se hace escasa.

La segunda, que es un avance lento, demasiado lento. A ese ritmo, nos tomaría un cuarto de siglo alcanzar una distribución que podríamos calificar de razonable.

La lección es obvia. Necesitamos de políticas públicas activas que creen las condiciones para un avance mucho más rápido, que efectivamente nos coloque en el amanecer de esa sociedad de igualdad de oportunidades, de la que hayan desaparecido los privilegios asociados con la cuna en que se nació.

Tenemos que dar un salto cualitativo en esta materia. Creo que podemos darlo, y para ello propongo al país una vía de integración que combine una posición activa del Estado, orientada a crear las condiciones para potenciar el esfuerzo mismo de los pobres, con un rol protagónico de ellos mismos.

La posición activa del Estado es necesaria dadas las condiciones de las que partimos. La pobreza supone un conjunto de desventajas que los pobres, librados a sí mismos y su sola capacidad de organización y actuar colectivamente, no pueden superar.

Por eso existe, por ejemplo, una legislación laboral que procura equilibrar las desigualdades

evidentes entre empleados y empleadores, que operan sistemáticamente en favor de los últimos.

Pero el rol protagónico de los propios pobres es también indispensable desde el comienzo, si queremos evitar caer en el asistencialismo.

Toda política social debe involucrar una prestación o una acción del Estado conjuntamente con una obligación o un elemento de cooperación de parte de los beneficiarios, que los convierta a lo menos en algún grado en agentes activos de esa misma política.

A [Así, por ejemplo, un volumen importante de la asignación familiar se distribuye por los municipios. Si esa distribución estuviera a cargo de los directores de escuela y condicionada a la asistencia efectiva del niño a clases, ya no sería una simple donación, algo que se recibe a cambio de nada. Constituiría un estímulo para la mantención del niño en el sistema escolar y se recibiría a partir de una clara actitud de

cooperación por parte de familia beneficiada, que no puede sino inducir un sentimiento de dignidad y autoestima en la persona. }

Medidas de este tipo son las que permiten comenzar a construir una actitud emprendedora en los que padecen el flagelo de la pobreza que, asociada con esa posición activa del Estado, permiten desde el inicio el desarrollo de la lucha por la dignidad.

* Un elemento primordial de esta estrategia es la expansión de la negociación colectiva a los sectores que hoy no la pueden emplear.]

Un ejemplo es el de los trabajadores temporeros, donde la presencia femenina es más que significativa.

Es necesario que los frutos del crecimiento estable y sostenido vayan progresivamente cristalizando en mejores salarios, mejores condiciones de trabajo, mejores empleos y, en general, mayor traspaso de los aumentos de]

productividad a los trabajadores. Sin expandir los ámbitos de los procesos de negociación colectiva, no progresaremos respecto de esa meta.

La expansión de los ámbitos de negociación colectiva debe complementarse con otros dos tipos de medidas.

Por una parte, hay que dedicar un esfuerzo significativo a mejorar tanto la capacitación de los trabajadores ya incorporados a la fuerza de trabajo, como la de los jóvenes. La capacitación no genera de por sí mejores empleos, pero es un prerrequisito para ocuparlos.

Por otra parte, hay que considerar que el 70% de los indigentes que pertenecen a la fuerza de trabajo están en el sector de la pequeña producción. Su integración hace imperativo que todos los trabajadores que laboran en la microempresa urbana, la agricultura campesina, la pesca artesanal y la pequeña minería mejoren su productividad y con ello sus ingresos. Hay que avanzar en la identificación de proyectos

específicos para este sector, con mucho mayor profundidad de lo hecho hasta ahora, que permitan en una primera fase el salto de la indigencia a la pobreza, y en una segunda el progreso hacia la superación de la situación de pobreza. Por definición, en estos proyectos estos sectores deben asumir ese protagonismo al que me he referido.

El objetivo de integración a la economía debe ser el elemento clave que otorgue coherencia a todas las políticas, aún en los casos en que ese objetivo aparece relativamente remoto.

Por ejemplo, hay grupos y localidades marginadas que aún cuando el país crezca acelerada y establemente, y haya una inversión social significativa en términos globales, por su situación no acceden a los beneficios de ese desarrollo.

Otros casos análogos son los de los jóvenes crónicamente desempleados y fuera del sistema educacional, el de las mujeres jefas de hogares pobres, el de adultos marginados de la sociedad,

el de los drogadictos, y el de los menores en situación irregular y de comunas marginadas.

En general, se trata de los que se conocen como los grupos más vulnerables. Si bien la integración de estos grupos es más difícil, el objetivo final nunca debe perderse de vista. Contrariamente, tiene que estar presente desde el comienzo, y ello implica que la política respectiva contenga ese elemento de protagonismo de los beneficiados que es el germen de la auténtica superación de su situación.

Uno de los ámbitos donde las políticas del estado pueden cooperar al difícil desafío de la integración de algunos de los grupos más vulnerables es el de la educación.

Así, en educación debemos poner énfasis en incrementar sustancialmente las posibilidades de los niños de integrarse a la educación pre-básica, no sólo cuando sus madres no tengan medios suficientes para estimularlos en sus hogares, sino también cuando ellas trabajen. Ello redundará en beneficio tanto de la integración de la mujer a la

actividad económica, como del desarrollo del niño. Un niño pobre que no ha asistido a la prebásica tendrá menos oportunidades en la básica de desarrollarse y aprender, que otro que ha recibido estimulación. Hoy la cobertura de la pre-básica es de un 21% de los niños. No quiero comprometer cifras, pero nuestra meta debe ser elevar al máximo posible esa cobertura.

También afectará positivamente a muchos grupos más vulnerables la continuación de la tarea de mejorar la calidad de la educación básica y avanzar hacia su modernización, esfuerzo que inicié durante mi gestión ministerial.

Lo mismo acontece con la educación media. Nuestro desafío es reorientarla de acuerdo a las necesidades del país y expectativas de los jóvenes. Ellos requieren más posibilidades de insertarse productivamente en el mundo del trabajo. Obviamente, esta reorientación debe cuidar de no cerrarles el acceso a los niveles superiores de educación, de modo de no traicionar nuestra filosofía social básica.

Ciertamente, nuestro objetivo básico de integración debe ser complementado por un fortalecimiento de las políticas sociales más clásicas.

Ello implica asegurar un flujo de recursos financiados y una gestión eficiente y descentralizada en educación, salud, vivienda, recreación, infraestructura sanitaria y justicia, lo que a su vez exige mantener el crecimiento del gasto social levemente por encima del crecimiento del producto.

Igualmente, se requiere mantener una tasa de inversión social en salud, educación, vivienda, infraestructura y justicia, coherente con el nivel de crecimiento económico y las necesidades sociales. Para ello es necesario mantener la actual reforma tributaria, sin la cual se revertirán los avances en el plano social.

En el plano de la salud, hay que fortalecer la educación, la prevención y la equidad en la atención, articulando los sectores privado y público de manera de optimizar la eficiencia en el

uso de los recursos con que cuenta el país. Ambos sectores constituyen hoy comportamientos estancos y resulta prioritario avanzar hacia la colaboración e integración de ambos.

El Gobierno de la Concertación ha centrado gran parte del esfuerzo social en la entrega de más soluciones habitacionales (90 mil al año), de manera de congelar el déficit habitacional que venía creciendo de manera exponencial. Hacia adelante, manteniendo este esfuerzo, es fundamental hacer del desarrollo urbano el principio ordenador de nuestras políticas. Es necesario coordinar las inversiones de infraestructura sanitaria, transporte, equipamiento comunitario, vivienda, y áreas verdes y sectores de recreación. La construcción habitacional no puede seguir realizandose sin planificación alguna. Los más pobres tienen necesidades que van más allá de la vivienda propia y se asocian fuertemente con el mejoramiento del entorno en el cual viven.

Están también los 300 mil jóvenes que en 1990 no se encontraban ni trabajando, ni buscando trabajo, ni estudiando, ni ayudando en su hogar. Ellos continúan requiriendo de programas de capacitación laboral, reinserción educacional, e integración a la vida laboral.

Por otra parte, el 64% de los embarazos adolescentes ocurren en hogares pertenecientes al 20% más pobre de la población. Necesitamos políticas nacionales de prevención de este fenómeno, y nuestro esfuerzo programático en curso está estudiando alternativas en esta materia.

Lo mismo ocurre con la drogadicción. En este gobierno se han hecho importantes avances en la penalización, pero no existen programas de prevención, ni tampoco posibilidades de rehabilitación para los jóvenes de escasos recursos. Esta es otra de nuestras preocupaciones fundamentales.

Tenemos también el caso de las 250 mil mujeres jefas de hogares pobres que requieren para trabajar de programas de cuidado de sus hijos, de

capacitación laboral y de una flexibilización del mercado del trabajo que respete el tipo de situación que viven y la haga compatible con su real incorporación a ese mercado.

Hay por otra parte, un millón doscientos mil ~~adultos mayores que están marginados de la sociedad y con serios problemas de subsistencia.~~ Hemos avanzado muy poco en la obtención de recursos y generación de programas dirigidos a su integración social, a través de la promoción de la recreación, el turismo, ayuda en la propia comunidad a niños y jóvenes, promoción de talleres productivos que apoyen su subsistencia, y políticas similares.

En Chile, un millón novecientos mil niños provienen de hogares pobres, y muchos de estos niños han sido abandonados, están internos o atendidos en hogares de menores, viven en la calle o han asumido estrategias de sobrevivencia que van desde la prostitución, hasta el trabajo informal.

Ellos requieren de programas sociales coordinados desde el conjunto de los ministerios. Los niños que desertan de la educación dejan de ser sujetos de políticas sociales. Tenemos que evitarlo, creando una institucionalidad que se preocupe de ellos, para superar la situación que vivimos hoy en que se convierten simplemente en problemas policiales o judiciales.

Existe en el país una gran desigualdad territorial que significa que en diversas comunas (como Mincha y Galvarino), se supera largamente la tasa de analfabetismo nacional, la mortalidad infantil y la desnutrición. Es necesario reforzar programas específicos dirigidos al desarrollo de estas comunas que no cuentan con la infraestructura productiva ni social para solucionar sus problemas. Hay que identificar programas específicos adecuados para estas localidades.

Quiero subrayar que, en mi concepción, este reforzamiento de las políticas sociales debe atender al principio del protagonismo de los beneficiarios.

Por ello, un punto crucial en el reforzamiento de esas políticas es la participación e involucramiento del esfuerzo comunitarios en la ejecución de ellas. Los programas sociales, originados en las políticas globales, se ejecutan en el nivel local. La participación en ellos del municipio y la comunidad potencian su impacto.

Adicionalmente, la participación de la comunidad permite definir mejor prioridades, identificar mejor necesidades y el uso de recursos locales potenciales.

Cada comuna tiene sus problemas específicos: inundaciones, rebalse de aguas servidas, falta de alumbrado, basurales, animales, robos, drogadicción, etc. Sólo al interior de cada comuna es posible detectar estos problemas y destinar recursos municipales y del sector privado, financieros y humanos, para implementar soluciones.

Incluso la ayuda asistencial para los hogares en situaciones más precarias puede ser mejor encausada localmente que si la administra el Gobierno central.

Hoy, hay quienes se pasean por el mundo dictando conferencias y proclamando a los cuatro vientos que ha llegado el fin de la historia.

Para los pobres de nuestra patria la historia está recién comenzando.

No me cabe duda que será la historia de la construcción de esa sociedad de iguales en oportunidades, en libertades y en derechos. En fin, la historia de la abolición de los privilegios sociales y económicos asociados al hecho de no nacer pobre.

Por mi parte, es la historia que quiero para Chile.